

## RECENSIONES REVIEWS

HOFMANN, Daniela y SMYTH, Jessica (eds.) (2013): *Tracking the Neolithic House in Europe. Sedentism, Architecture, and Practice*. Nueva York: Springer. One World Archaeology Series, VIII, 406 pp. 85 ils., 22 en color. ISBN: 978-1-4614-5288-1.

Este libro es el resultado de una de las mesas del 6<sup>th</sup> *World Archaeological Congress (WAC)* que tuvo lugar en Dublín en 2008. Se compone de diecisiete capítulos escritos por veintiún autores: el primero tiene un carácter introductorio, los tres finales son sintetizadores mientras que los trece restantes ofrecen una perspectiva regional –organizada geográficamente en base a la actual configuración política– sobre las casas neolíticas, abarcando desde Oriente Próximo hasta Irlanda.

Tal como se recoge en la introducción (pp. 1-17), el Neolítico europeo ha sido abordado, por lo general, desde posiciones tradicionales; es decir, ha primado el estudio tecnotipológico de las cerámicas o la evolución de los sistemas de poblamiento frente al análisis de las estructuras sociales o de la cotidianeidad. Sin embargo, este período no podía permanecer ajeno a las novedades teóricas de los últimos años desde la antropología o la sociología.

Desde el inicio de la obra se manifiesta el carácter totalizador que ansía abarcar un proceso complejo desde su gestación en las diferentes regiones hasta la caracterización de aspectos concretos y detallados de la vida cotidiana. Pero ¿por qué motivo han sido los espacios domésticos los que han acaparado la atención del discurso? Como señalan las editoras en la introducción (pp. 7-9) y algunas de las contribuciones de síntesis (Hodder o Waterson), ya la antropología estructural de Levi-Strauss focalizó su interés en las *sociétés-à-maison* o, lo que es lo mismo, en las sociedades etnográficas e históricas cuya configuración social radicaba y dependía de la casa más que en el parentesco (una buena síntesis en Borić,

2008). Para estas sociedades, sus actividades cotidianas y el simbolismo asociado a ellas se reflejan de formas diversas en las casas, siendo la materialidad de estas últimas lo que examina la arqueología.

Es cierto que las diferentes asimilaciones de las corrientes teóricas junto con las tradiciones investigadoras propias de cada país crean un mosaico complejo de sintetizar, pero aquí se logra ilustrar el estado actual de las investigaciones sobre el Neolítico en el continente europeo. Bajo este paraguas de ‘la casa’ se distinguen, básicamente, tres enfoques: uno de corte tradicional, preocupado por las descripciones y la periodización de la cultura material que no intenta desarrollar un discurso histórico sino ordenar la evidencia; un segundo que bebe de fuentes antropológicas cuya primera preocupación son unos buenos contextos que permitan informar sobre las actividades domésticas –de producción y de reproducción– allí acometidas para pasar luego a analizar las relaciones sociales de los grupos familiares; y un tercero que, únicamente, sintetiza la historiografía del área.

El primer enfoque se centra en las descripciones y se encuadra en la tradición histórico-cultural. Así, Goring-Morris y Belfer-Cohen (pp. 19-44) recopilan las excavaciones próximo-orientales con el objetivo de reconocer los procesos de neolitización de la zona, encuadrando las manifestaciones domésticas en las fases tradicionales y asumiendo que las actividades simbólicas y mundanas tienen lugar en las casas. Tratan, entonces, de distinguir una dinámica evolutiva social y cultural a partir del uso de los materiales y de las técnicas constructivas para finalmente discutir la evidencia de las tradiciones arquitectónicas, al tiempo que se preguntan por la función de las viviendas como la residencia de familias nucleares o extensas o sobre el uso público y/o privado del espacio doméstico.

Las viviendas del Neolítico centroeuropeo son estudiadas por Bánffy (pp. 117-149), quien aborda los orígenes de las famosas *longhouses* hasta concluir que estarían en la zona transdanubiana, donde una cultura mesolítica preludiaba algunas de las características de estas construcciones. Del mismo modo, defiende que habrían existido dos poblaciones con pocos contactos durante siglos al no detectar trazas de intercambio cerámico o en el estilo decorativo de los recipientes e incluso en sus modos de vida. Junto a los factores históricos o paleoclimáticos se integran los “mentales” o culturales que significan la inclusión de parte de las interpretaciones y métodos que Hodder empleó a inicios de la década de 1980, aunque no su completa asimilación dentro del discurso que expone.

En segundo lugar, las propuestas que han integrado las herramientas conceptuales antropológicas van ganando terreno en el campo historiográfico. Como remarca Hodder en las páginas de síntesis (pp. 350-352), hace unos años habría resultado difícil que pudiera haber contribuciones teóricas que buscaran en los contextos habitacionales y en los objetos que en ellos se hallan las huellas de las relaciones sociales. Éstas implicarían no solo la producción de los objetos —premisa de la que parten las aproximaciones materialistas tradicionales—, sino la misma reproducción social en las llamadas actividades de mantenimiento, y por ende la constitución misma de la sociedad. En Grecia, donde se dispone de unas excavaciones minuciosas y ricas en materiales *in situ*, Souvatzi (pp. 45-64) ha logrado ir más allá del origen y de la evolución de la arquitectura doméstica para indagar en las identidades que confluyen en las casas a nivel doméstico e incluso regional; se ahonda en la diversidad de construcciones y se traza un mapa imaginario de las diferentes regiones de la neolitización en la península griega a través de las estructuras habitacionales y sus formas, distribuciones o materiales. Esta contribución profundiza en el concepto de “biografía” elaborado por Kopytoff (1986) y desarrollado de forma específica por Brück (1999) para las castas del Bronce británico. Este trata de ser un acercamiento más humanista a las estructuras domésticas, puesto que se parte de que los edificios condensan las historias de quienes han vivido allí, las familias que durante un tiempo, una generación o varias

centurias, han adaptado o transformado ese espacio según sus necesidades, incluyendo las económicas y las simbólicas. Lo que Souvatzi observa a través de este análisis es que las viviendas son adaptadas según se reorganizan las actividades artesanales en esos mismos contextos domésticos, hecho que, sin embargo, viene a significar el paso a una complejidad social que no se traduce en términos de jerarquización. En resumen, la autora remarca que ... “[the] house individuality indicates, moreover, the will to assert one’s difference and considerable variations in how social groups defined themselves” (p. 52). En cambio, cercano espacial y temporalmente al área de Souvatzi, Naumov (pp. 65-94) parte de otras premisas. Para este autor, las casas neolíticas de la región macedonia son las representaciones materiales de cuerpos humanos idealizados; es decir, se plantea una visión orgánica de las viviendas frente a una concepción estática de las mismas, facilitada porque las reproducciones a pequeña escala que se encuentran en el registro arqueológico tienen atributos típicamente humanos como piernas o nariz. Sin embargo, un aspecto que debilita la fuerza argumental de esta contribución se halla en la ausencia de datos que hablen sobre la vida cotidiana de las comunidades del Neolítico de esa región, ya que la mayoría de la información de las actividades que se ofrecen en su contribución son de índole ritual (entendida aquí como extraordinaria). Probablemente el mayor interés del artículo reside en el estudio de forma conjunta de la biografía de personas y viviendas, entendiendo que —como mínimo— existen tres etapas vitales que ambos comparten: nacimiento, mantenimiento y muerte. Así mismo, este trabajo enfatiza que las casas, además de ser un lugar de residencia donde cohabitan varias generaciones y donde se expresan identidades colectivas e individuales, debieron ser construidas mediante esfuerzos colectivos que sobrepasaban la propia familia, ya que se trata de estructuras de gran tamaño. Ello conllevaría no sólo la aceptación de unos modos de construcción basados en la tradición local sino también de un proceso muy fuerte de socialización mientras tiene lugar la construcción. Los procesos de destrucción intencional de las cabañas, así como la utilización de huesos de ancestros y su inclusión en contextos

domésticos, pueden indicar que entendían las casas como parte de su mitología. Una de las conclusiones principales a las que llega Naumov es que a través de la miniaturización de los modelos de viviendas se produce una integración de las mismas y de lo que contienen en los rituales domésticos.

Dando un salto en el espacio pero no en la perspectiva empleada, Bickle (pp. 151-181) se centra en cómo el tiempo afecta físicamente a las casas y a las comunidades que en ellas viven en la región parisina, creando una historia del ciclo vital de las estructuras domésticas. El reconocimiento de dos estilos de vida diferentes permite distinguir dos estilos constructivos del Neolítico regional y no hace sino añadir una nota diacrónica más a la interesante discusión planteada por esta autora. En lugar de adoptar una postura como la de Naumov, donde se identifica a las casas con seres individuales, para esta autora las casas vienen a ser seres colectivos, familias que desarrollan su(s) vida(s) en un espacio común y compartido, dejando las huellas de sus diferentes historias en ellas, por lo que ...“the house is more usefully regarded as an ongoing process than a unique point in time [...], a site of ongoing debate and contested social reproduction” (p. 155). Desde este punto de partida, disecciona las diferentes partes de las estructuras habitacionales, problematizando en esta ocasión los modos de moverse dentro de las viviendas, el tiempo que estuvieron en pie, y tratando las casas como seres vivos que nacen, viven y mueren y que son contruidos de forma social por la colectividad que las habita. La relación que establece entre el año solar, el ciclo de la cosecha y las posibles estrategias de movimiento en el paisaje de las comunidades que habitan esas viviendas invita a pensar en el pasado de forma dinámica frente al estatismo que destila el registro arqueológico, además de añadir connotaciones sociales y económicas al discurso histórico. Para finalizar, ¿qué queda de las casas? Su recuerdo e inserción en la memoria de quienes las habitaron, facilitando ese proceso los restos materiales que quedaban en la zona y que simbolizaron la unión entre pasado y presente.

Una de las editoras del libro, Hofmann, dedica su contribución (pp. 197-227) a las casas palafíticas de los entornos lacustres de la región alpina.

Explora las diferencias, siempre sutiles, entre las estructuras habitacionales –las cuales se han conservado excepcionalmente bien, lo que le permite estas comparaciones–, pudiendo incluso aludir al uso de diferentes tipos de maderas en su construcción o al tiempo que transcurría entre esas reedificaciones. Este excepcional registro arqueológico junto con una sólida base teórica, sin duda, permiten a Hofmann establecer las dinámicas de funcionamiento a nivel social de estas comunidades prehistóricas, relacionando las casas con la población enterrada, llegando a proponer genealogías. Como ya hiciera Naumov, compara las similitudes de las viviendas con la cerámica y las figuritas, siendo estas últimas casas llenas de significado para quienes las realizaron y, como Bickle, también menciona los ciclos de agregación-dispersión de las familias basados en el trabajo agropastoril en el campo.

Modificando ligeramente la popular proclama estadounidense de la guerra de Vietnam –“Home is where you dig it!”–, Amkreutz (pp. 229-259) sintetiza su visión del Neolítico del Bajo Rin afirmando que el hogar está donde uno lo construye. Contextualiza los hallazgos de las estructuras desde el Mesolítico hasta el Neolítico, abundando en la diversidad de las que allí se encuentran y señalando que son los elementos culturales y medioambientales los que dan lugar a su variabilidad a través del tiempo. Uno de los aspectos que trata con profusión es el de la transmisión de las prácticas cotidianas insertas en las tradiciones constructivas. Estas actividades edilicias se plasman, a nivel arqueológico, en la creación de una tipología reconocible de elementos arquitectónicos y en la renovación periódica de las viviendas, usando maderas de corta duración y haciendo, por lo tanto, de esas actividades cíclicas, unos ritos que se sincronizan con los cambios que ocurren en las vidas de las personas –nacimiento, boda, muerte...–, además de asegurar la transmisión de conocimientos básicos de la arquitectura vernácula y de la cosmología de la comunidad. Otras prácticas de repetición que demuestran el arraigo a las tradiciones ancestrales de las comunidades del Bajo Rin serían la reconstrucción de los hogares domésticos en el mismo sitio o el mantenimiento localizado de las zonas de actividad y los muladares por siglos. Todo ello sería signo de un

comportamiento cuyo significado trasciende la mera vida diaria y que lleva implícita una forma de ver el mundo inserto en una cosmología propia donde lo ritual difícilmente se separa de lo mundano.

La aportación de Smyth (pp. 301-327) sobre el Neolítico irlandés va un poco más allá que la de los colegas que han tratado el tema en el mismo volumen (Last y Sheridan). Analiza los elementos estructurales de las viviendas problematizando quiénes –qué tipo de comunidades, familias, etc.– construyeron esas casas en lugar de preguntarse por migraciones masivas. En esta, como en otras contribuciones, se alude al incendio intencional de las cabañas como forma de poner punto y final a la vida en común de una familia. Podría sintetizarse que en Irlanda la idea de la casa fue un fenómeno social fluido en el tiempo y en el espacio.

En un tercer bloque, varias contribuciones muestran el estado actual de la investigación en algunas regiones. El artículo de Burdo, Videiko, Chapman y Gaydarska (pp. 95-116) expone un estado de la cuestión previo a la realización de un proyecto, ya en marcha (<http://www.dur.ac.uk/j.c.chapman/tripillia/home/>; consultado 24/09/2013), sobre las viviendas de los grupos Tripillia/Tripolye-Cucuteni. Paralelamente a la revisión historiográfica, diseccionan el registro material encontrado en cada yacimiento a partir de los materiales y de las técnicas y formas constructivas hasta llegar a quiénes habitaban esas viviendas y cómo lo hacían, lo que han denominado “práctica”. Pero, sin duda, uno de los puntos más interesantes es la distinción de los ocupantes de las viviendas, ya que intentan reconstruir la práctica diaria a partir de las vivencias de cada tipo: habitantes, huéspedes, ocupantes rituales y los muertos/ancestros. Esta distinción, además de innovadora en el campo de la arqueología, supone repensar la materialidad del registro de forma diferente: se adhiere movimiento al registro e incluso se ponen caras –como ya reclamara Tringham (1999 [1991]) al pensar el registro en relación con las actividades concretas y cotidianas que allí se habrían llevado a cabo–. Finalmente, se presta atención al posible significado que pudiera tener la continua repetición de los modelos arquitectónicos en unas regiones tan amplias durante dos

milenios, hecho que ocurre asimismo en las figuras de casas miniaturizadas.

Frente a estas imágenes dinámicas de la vida cotidiana en el pasado, Pyzel (pp. 183-196) atiende al cambio y a la continuidad de las *longhouses* de las tierras bajas de Polonia. El capítulo que elabora compara yacimientos de dos momentos distanciados entre sí más de 500 años, sin entrar a discutir las prácticas sociales que dieron lugar a ese registro arqueológico, sino que se basa en las tipologías cerámicas para ello.

El fin de las *longhouses* en Inglaterra es el tema principal de Last (pp. 261-282), que repasa la historiografía del Neolítico del Canal de la Mancha a través de los yacimientos más significativos de uno y otro lado. Las diferentes tradiciones neolíticas y constructivas son descritas sin apenas interpretación en términos sociales, históricos o antropológicos.

De nuevo poniendo el énfasis en los orígenes del Neolítico y de las estructuras habitacionales, Sheridan (pp. 283-300) analiza las conexiones entre Bretaña e Irlanda. Recogiendo las teorías actualmente en discusión, profundiza en cómo pudo haber sido el proceso de neolitización de las islas. Para discriminar unas y otras se basa, fundamentalmente, en los tipos arquitectónicos de esas zonas y en las fechas radiocarbónicas, razonando que habrían llegado esos impulsos colonizadores en diferentes momentos a partir de varias zonas del norte francés. En términos sociales, indica que las *longhouses* habrían sido habitadas por comunidades que habrían necesitado enfatizar su carácter identitario colectivo como inmigrantes recién llegados.

Larsson y Brink (pp. 329-347) recopilan los restos de las casas neolíticas del sur de Escandinavia para ofrecer una visión actualizada y sintetizada del panorama arqueológico en el norte europeo. Sorprende, por ejemplo, el bajo número de casas en algunas fases neolíticas, agregando que podría deberse a factores erosivos modernos o bien a un estilo de vida nómada, influyendo ambos de forma decisiva.

Como colofón de la obra, se ofrece una visión crítica del conjunto elaborada por tres investigadores (Hodder, McFadyen y Waterson) invitados por las editoras. Su diferente formación junto con las inquietudes diversas en sus respectivos campos

se conjugan para que cada una de sus aportaciones revele aspectos significativos diferentes. Así, para Hodder la imbricación de personas y objetos constituye la parte sustancial de los estudios, siendo la sociedad aquello que está detrás de las arquitecturas domésticas. McFayden, dada su formación en el campo de la arquitectura, problematiza varios conceptos que han aparecido en repetidas ocasiones en el texto *–house, household, home–*, puesto que pueden llegar a ser palabras intercambiables aunque ofrecen diferentes matices. La perspectiva antropológica que aporta Waterson como conclusión a la obra, redundante en que las estructuras habitacionales no son más que una excusa para repensar el registro arqueológico *–o food for thought–* en términos de teoría social.

En general, la aportación más sustancial de este libro reside no en subrayar y definir la diversidad de casas en los distintos neolíticos europeos, sino en promover el debate a partir de diferentes perspectivas, en discutir las formas constructivas, en buscar las razones de cada arquitectura. Se trata, en definitiva, de un balance del ‘estado de salud’ de la Prehistoria reciente europea que casi con seguridad puede trasladarse a otras etapas y lugares, dando a entender que no hay una única lectura de los registros arqueológicos sino varias que, además, son capaces de dialogar. Sin embargo, se hace necesario destacar que, aunque están representados los neolíticos *ex Oriente lux* hasta llegar al lugar de edición de este libro, Irlanda, se han pasado por alto regiones tan significativas para comprender el cambio de modo productivo en Europa como las penínsulas itálica e ibérica, el sur francés o el este del continente.

En definitiva, este es un libro necesario para la historiografía del Neolítico europeo porque provee de instrumentos de análisis y abunda en la teoría más actual, convirtiéndose en un viaje de vuelta a sus orígenes y que puede leerse incluso a la inversa, desde Irlanda, donde se celebró el WAC, hasta Oriente Próximo pasando por la Europa templada.

### Bibliografía

- BORIĆ, D. (2008): “First Households and ‘House Societies’ in European Prehistory”. En JONES, A. (ed.): *Prehistoric Europe: Theory and Practice*. Chichester: Wiley-Blackwell, pp. 109-142.
- BRÜCK, J. (1999): “Houses, Lifecycles and Deposition on Middle Bronze Age Settlements in Southern England”, *Proceedings of the Prehistoric Society*, 65, pp. 145-166.
- KOPYTOFF, I. (1986): “The cultural biography of things: commoditization as process”. En APPADURAI, A. (ed.): *The social life of things. Commodities in cultural perspective*. Cambridge: CUP, pp. 64-93.
- TRINGHAM, R. (1999 [orig. 1991]): “Casas con caras: el reto del género en los restos arquitectónicos prehistóricos”. En COLOMER, L.; GONZÁLEZ MARCÉN, P.; MONTÓN, S. y PICAZO, M. (comps.): *Arqueología y teoría feminista. Estudios sobre mujeres y cultura material en arqueología*. Barcelona: Icaria, pp. 97-140.

*Alejandra Sánchez Polo*

Contratada predoctoral PIRTU (JCYL/FSE)  
Dpto. de Prehistoria, Historia Antigua  
y Arqueología  
Universidad de Salamanca  
Correo-e: asanpol@usal.es